

De un esplendor de gloria y ambrosía
Que amor, su faz bañando, despedía.

Cuando al morir los siglos caiga ardiendo
Desde su cumbre el sol; y el régio trono
Sobre su hoguera asiente; y al estruendo
De la trompa y los rayos en su encono
Lance los astros al abismo horrendo,
No así parecerá: dulce patrono
Ora del triste humano, amor le apiada,
Amor le ofrece ante su diestraalzada.

«Padre, dice (y los cielos la carrera
Suspenden á su voz) Padre, mi gloria,
¿Tu bella imagen á la saña fiera
Entregas de Luzbel? ¿De su victoria
El impostor se jactará? El espera
Vengar de su castigo la memoria
Con el castigo del mortal amado,
Objeto dulce de tu excelso agrado.

«¿Y triunfará el traider? Piedad inmensa,
Sola piedad y amor; es nuestra hechura,
Es tu hijo el mortal; su grande ofensa
Dá mayor gloria á nuestra gran dulzura:
¡Oh! ¡viva el hombre! tu poder suspensa
Y mi poder admira la natura;
Ora admire tu amor: llore el impío
Que sus engaños frustre el amor mio.

«Sus engaños; osado en su malicia
Pecó el ángel: el nombre seducido
Cayó en dura batalla: su injusticia
Un nuevo crimen de Luzbel ha sido:

Es así, Padre, la eternal justicia,
Debe ser aplacada; no, no pido
Que el rayo pongas sin vengar tu nombre
¡Oh! lánzale en tus iras sobre el hombre.

«Mas ved el hombre en mí yo su delito
Yo he de satisfacer: arde inexhausto
Por salvarle mi amor; seré el precito,
Seré tu maldición: ¡oh! sí, el infausto
Viva, yo moriré: venga infinito
Sobre mí tu furor; el holocausto
De mi pasión, oh Padre, tú recibe
Y sepa el hombre que en su muerte vive.”

Habla el Hijo, y de rosada lumbre
Iluminado en visos aparece
Ledo el iris de paz, y en su vislumbre
Cercada la cruz santa resplandece:
Ante ella, la celeste muchedumbre
Se postra silenciosa: desaparece
Súbito el rayo de la eterna diestra,
Y mezclado en su seño amor se muestra.

«Hé aquí Padre, mi triunfo (el sacro Verbo
Prosigue): el ara ved en que inmolido
Hostia del mundo, figurado en siervo
Mi sangre verteré por el culpado:
¡Oh Padre! parto: el sacrificio acerbo
Me espera: parto de tu seno amado
A salvar á los hombres: tú, Dios fuerte,
Recíbelos por hijos en mi muerte.”

«Sea, el Padre responde: así en mi mente
Lo ordené ante los tiempos, cuando unido

Naciste de mi luz, saber potente
 Por quien los siglos hice: entónce oido
 Fuiste en tiempo agradable: tú la gente
 Congregarás dispersa; y atraido
 Cuanto aquilon y el mar y el austro alcanza,
 Del mundo harás conmigo la alianza.

«Yo, Dios, yo lo he jurado: tú el eterno
 Sacerdote serás: serán tu herencia
 Los pueblos y naciones: tu gobierno
 Son las lides del mundo: tú sentencia,
 Tú lo juzgas: tu diestra el hondo averno
 Postrará, y el autor de inobediencia,
 En cien cadenas á tu cruz atado
 Llorará el torpe sólio derrocado.

«Cíñete, y triunfa, en tu derecha mano
 La fortaleza vá: tú el poderoso:
 Mueres, sí; mas mi brazo soberano
 Te alzaré de la tumba glorioso,
 Primicias de los muertos: este arcano
 En medio de los siglos pertentoso
 Se mostrará al mortal: en tanto llore,
 Y en tristes votos su salud implore.»

El Altísimo dijo: y dentro el seno
 Lanzado el Verbo y el Amor divino,
 En su almo rostro de cariño lleno,
 Al hombre anuncian su feliz destino:
 Depuso la justicia el raudo trueno
 Que á la alta diestra ministró contino,
 Y abrazó la piedad, que en blando sello
 El lábio imprime en su semblante bello.

«Y Santo, Santo, en himno de alegría,
 Los serafines claman: á tí gloria,
 Gloria al Dios Sabaot; la frente impía
 Del dragon tú domaste: la victoria
 Es el asiento de Jehová. ¡Oh! envía
 A tu Cristo, y el hombre la memoria
 De tus piedades con eterno canto
 Celebrará bañado en dulce llanto.

«Ven, oh Jesus: ya el triste del tesoro
 De tu pasión recibe su consuelo,
 Cual ántes de nacer, sus rayos de oro
 El sol despunta en el rosado cielo;
 Lloved, nubes, al justo,” el santo coro
 Cantaba, y de su trono, en alto vuelo
 Se levantó Jehová, la sacra esfera
 En silencioso pasmo el fin espera.

Sube en carro de nubes, y elevado
 En alas vá del huracan: delante
 Vuela un querub, el brazo levantado
 Con un dardo de fuego centellante:
 Satán en duro hierro encadenado
 Arrastraba al humano, y arrogante
 Triunfé, empezó á decir, cuando improviso
 Aparece Jehová en el Paraíso.

«Huye, le manda, pérfido, ¿creiste
 Poder frustrar mi soberano intento
 De hacer feliz al hombre? conseguiste
 El premio digno: tu furor sangriento
 El hombre postrará, y tu cuello triste
 Quebrantará su planta.” El sacro acento

Oyó Satán, y raudo desaparece,
Cual humo ante aquilon se desvanece.

«Vivid, mortales, y esperad: propicia
Nacerá la salud, que vuestro llanto
En gozo torne y celestial delicia:
La salud nacerá; gemid en tanto
Necios futuros, mi eternal justicia
Adorad humillados con espanto:
Hijos de maldicion cuantos se animen
Llorarán todos heredado el crimen.

«Ellos, débil mujer, serán despojos
De tu dolor: y tú de la morada
Dó naciste lanzado, con tus ojos
Baña la tierra en tu venganza armada:
Suda, mísero, y llora, cuando abrojos
Te vuelva el suelo por la mies sembrada:
Llora, miéntras que tornas á la tierra;
Que tu deidad soñada el polvo encierra.”

Calló, y el triste Adan en pos seguido
Del armado querube, en lento paso
Silencioso camina, y oprimido
Solloza el pecho con aliento escaso:
Eva llorosa sigue, y dolorido
Con las manos cubriendo el rostro laso,
Salen de la mansion de la alegría,
Donde ¡infelice yo, nacer debía.

Sujeto á la muerte por sentencia divina, y conociendo que de Él debían salir otros hombres, Adan dió á su mujer el nombre de Eva, que señala la vida porque ella debía ser madre de todos los vi-

vientes. Uno y otro se vistieron con pieles de bestias, y secundando Dios su inteligencia, é inspirando el primer esfuerzo de la industria que venia á endulzar los males de la existencia, é imprimir á los usos mas vulgares y mas indispensables el carácter del gusto y de de la belleza, creacion secundaria en la cual el hombre confecciona á semejanza de su espíritu y transfigura la materia sometida á sus necesidades. Dios dijo por fin, como con una especie de ironía paternal: «Ved ahí á Adan hecho como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal: cuidado que no extienda su mano al fruto de la vida, y comiendo de él no viva eternamente.” Y en medio de estas santas y formidables irrisiones, arrojó á los culpables del jardin de las delicias, quedándoles la entrada prohibida, y sobre ella un querubin, ángel de luz, armado con una espada de fuego. Desde aquel dia la vida, trocada en tenebroso destierro, se parece á un sueño pesado, en que el dolor nos mece esperando el despertar de la muerte.

Fijémonos por un momento en el rubor del delito que asomó por primera vez en el semblante de Adan, despues de haber delinquido. Cuando éste, llamado por Dios, le dijo haberse escondido por vergüenza que le causaba el estar desnudo, replicóle Dios: «¿Pues quién te ha hecho advertir que estás desnudo, sino el haber comido del fruto que yo te habia vedado que comieses?” El rubor, pues, quedó como testimonio perenne de la culpa, efecto temible y universal, inherente á nuestra naturaleza, marcado y reconocido por el primer hombre, luego despues de haber sido delincuente; efecto que vemos ya consignado en la primitiva tradicion, y que sentimos en nosotros mismos como todas las demas miserias que nos afectan. Tal es el rubor.

Pocos filósofos se han detenido en el estudio de este natural sentimiento, ó porque no hayan fijado en él su idea, ó porque lo habrán considerado como un accesorio de la conviccion del delito, que no merece fijar por sí solo la atencion. Sin embargo, considerado el rubor como una verdadera pasion que afecta el alma convencida de su propia fragilidad, y que produce una tan viva im-

presion, que se trasluce en el exterior; y observando el enlace inmediato que tiene este sentimiento con el primer sentimiento que probó el padre de los hombres despues de su delito; no deja de ofrecer un vasto campo á la reflexion del filósofo cristiano, que descubre en el rubor una marca sensible de nuestra desgradada naturaleza, y un aviso continuo que dejó la Providencia al hombre para que se humillase reconociendo su miseria y su debilidad.

La palabra rubor, expresando la idea de una causa moral por medio de un efecto sensible, toma su origen del color encendido que saca la vergüenza al rostro, y se usa indistintamente, ó para expresar este mismo color, ó para indicar la turbacion interior que lo produce. Es una sensacion desagradable, hija inmediata de la conviccion de haber delinquido, y de aquella oculta increpacion de la conciencia, con que el hombre se acusa á sí mismo, y que se llama remordimiento. Mas esta sensacion se diferencia del remordimiento, en que éste es hijo de la reflexion del alma sobre sí misma, y la sensacion del rubor es instantánea, inevitable, y que coje como por sorpresa al entendimiento mas prevenido. Aquel impulso dominante que sentimos delante de otro despues de haber cometido una mala accion, y que no está en nuestra mano evitar; que crece y se aumenta cuanto mas la comprimimos, y que burla á veces todas las precauciones de nuestra voluntad, es una prueba irrecusable de que nuestra alma en medio de sus flaquezas no ha perdido el sentimiento de su dignidad, ni el conocimiento del bien y del mal, ni el amor á la inocencia y á la justicia. Prueba es que está impreso aun sobre nosotros el sello indeleble de aquel que nos crió, y que si bien por nuestro primer pecado nos dejó sujetos al error y á malicia, conservó en nosotros el sentimiento íntimo de la virtud y de la honestidad, permitiendo que tuviésemos en nosotros mismos el secreto é inexorable regulador de nuestras acciones, la conciencia, que nos hiciese conocer por medio del rubor nuestras propias caidas é iniquidades.

Salta á los ojos de la razon, que el hombre, en el estado de la inocencia, no conocia esta impresion causada por el reconocimiento

de la culpa. Así es, que no solamente su alma estaba libre de esta interior increpacion de su inocencia, no producía en él el menor rubor. Este pasaje de la Escritura merece ser estudiado profundamente; porque este conocimiento del mal, esa vergüenza difundida por toda la especie humana, es un testimonio perenne del estado lastimoso en que se hallaron despues de su culpa los padres del linaje humano.

La Escritura no nos dá otra idea del estado de la inocencia en la cual se encontraron aquellos dos progenitores del mundo, sino que, hallándose desnudos, no se avergonzaban. Muy difícil es á nuestro pensamiento el penetrar con esta sola idea negativa la perfeccion purísima de aquella gracia original que brillaba en los dos felices esposos. El alma pegada á nuestra carne corrompida, no puede formarse idea de aquella pureza angélica de que se halló dotado el hombre al salir de la mano omnipotente. Sujetos á la razon todos los sentidos, no ocurriria al pensamiento del hombre inocente la menor idea de desarreglo ni de rebelion en todas las potencias y facultades. He aquí la feliz ignorancia del mal, inseparable de la gracia primitiva: he aquí la paz interior del alma, gozando de libertad para escojer entre lo bueno, pero en perfecta armonía con la razon, que era la voluntad misma de Dios, inspirada á su pensamiento y á su corazón. Ese equilibrio inexplicable de las potencias del alma, que constituye la paz y la felicidad, y que no podemos percibir sino de léjos á fuerza de fatigas y de una lucha eterna con nuestras propensiones perversas, conservaba la deliciosa comunicacion del hombre con su Dios sin el menor esfuerzo, y alimentándole de su amor, le hacia sentir de continuo nuevas, puras é inexplicables delicias. Cerremos nuestros ojos carnales á las primeras escenas del Eden, cuando Dios hablaba con el hombre en la deliciosa soledad del Paraíso, tal vez revestido de formas corpóreas para hacerse mas accesible. El Crisóstomo llama á los dos esposos dos ángeles revestidos de cuerpos, sujetándose su carne al espíritu sin la menor repugnancia. Y los mas profundos entendimientos han reconocido la gran dificultad que tenemos en

formarnos alguna idea del admirable candor de Adán y Eva en el estado de inocencia.

En los primeros momentos despues de su delito, abriéronse los ojos, y conocieron que estaban desnudos. Como la idea de bien es en nosotros relativa, y no podemos formarnos idea de bien sin formarnos la del mal, por esto dice la Escritura que Adán y su esposa no conocian el bien y el mal. Bien era y bien superior á toda idea el que disfrutaban en su felicidad, pero puede decirse que lo sentia y gozaba su corazon, sin que lo conociese su entendimiento como opuesto al mal, del que por dicha suya no tenian la menor idea.

Delinquieron y abriéronse sus ojos carnalmente, para conocer el bien que habian perdido y el mal que les amenazaba. Entónces entró en sus almas la turbacion del delito, y el terrible conocimiento del mal de que habian sido capaces. Vieron todo el horror de su situacion, y sintieron perdido el velo de candor que cubria ántes su hermosa y augusta desnudez. En aquel mismo momento nacieron en su alma la malicia y la concupiscencia, y los primeros síntomas de aquella rebelion de la carne que habia de afligir á todos sus descendientes. Viéndose desnudos de la gracia, asomó en su rostro el rubor de su delito y la vergüenza de sí mismos. Corridos y amedrentados, buscaron en el umbroso abrigo de los árboles como huir de la vista purísima de su Criador, como dos reos convictos huyen de la presencia de su juez. Y el instinto de aquella creencia funesta, que acaban de adquirir con su desobediencia, les hizo ocultar recíprocamente su desnudez, aquella desnudez que no podian aguantar sus ojos.

Mas ¡cual seria su rubor y turbacion cuando, llenos de confusion y de oprobio, y oprimidos con el peso de su delito, llamó Dios á Adán diciéndole: ¡Dónde estás tú! Confundido el prevaricador, confiesa que habia oido su voz en el Paraíso, mas no confiesa su culpa, sino su temor y su vergüenza que eran resultados de ella. El Señor empero le redarguye con la causa de esta vergüenza, que era su delito; confésalo Adán, pero descargándose án-

tes con la *mujer* que Dios le habia dado por compañera, así como ésta, reconvenida despues por el Señor, se excusó con la serpiente tentadora.

En este corto diálogo se reasumen todas las miserias que habian de afligir al linaje humano: el orgullo de querer igualarse á Dios, la debilidad del hombre en ceder á su esposa, todo un mundo sacrificado á la criminal condescendencia del amor. El entendimiento quedó ofuscado con la ignorancia en castigo de su orgullo, y el corazon juguete del desorden de las pasiones, en pena de su amor desarreglado á la criatura. A pesar de tan espantoso trastorno, el Señor dejó á Adán el rubor del delito, rubor saludable, que humillando nuestra soberbia, y haciéndonos reconocer nuestra iniquidad, prepara al alma para el arrepentimiento.

El rubor, pues, ha quedado en el mundo como otra de las pruebas de la prevaricacion original, de la caida del hombre, y de la misericordia de Dios. Y el pudor, que no es sino el rubor de la modestia, ha quedado tambien como un sentimiento universal, una virtud de la naturaleza, que si bien sirve de una guarda poderosa á la inocencia y á la honestidad, nos recuerda el estado de flaqueza y de vergonzosa desnudez en que quedaron nuestros cuerpos, no revestidos ya con el velo del candor primitivo anterior á la culpa.

El sentimiento del pudor es un sentimiento universal y tan antiguo como el mundo. Vémosle naturalmente en el hombre en todos los estados, en todos los paises, en todos los siglos. Aun en aquellos climas en que, abrasado bajo los rayos del sol, anda desnudo por los bosques, respeta sin embargo en sí mismo las leyes de la decencia y del pudor. Cuando algunos hombres, ávidos de buscar en la brutalidad del salvaje la ley suprema de la naturaleza, han recorrido los desiertos inhabitados para hallar una ú otra excepcion de esta ley y para afrentar á la humanidad, en lugar de cubrir con un velo aquellos mónstruos morales de la especie humana, se les ha respondido, que el hombre sencillo y no corrompido, en el estado de pura naturaleza, ha conocido siempre la ley del pudor y la ha respetado, á ménos que no halla llegado al último gra-

do de degradacion moral, esto es, á una abominable disolucion de costumbres. El estado de naturaleza, tal como se lo han imaginado algunos filósofos, no es más que la brutalidad aplicada al hombre. Si fuese cierto, dice el autor del catecismo filosófico, que las othaitinos ó algunos otros pueblos salvajes, apénas conocian el pudor, eso quería decir, que han aprendido á no respetarlo, y que los sentimientos más naturales y más fuertes del corazón humano, se habian ido debilitando y destruyendo poco á poco con impresiones y hábitos contrarios. El colérico no conoce las dulzuras de la mansedumbre, ni el ebrio el mérito de la templanza, el avaro las delicias de la beneficencia, ni el ambicioso el apacible encanto del retiro. ¿Y de esto deberémos inferir que tales vicios forman el estado de la pura naturaleza, ni que cuanto estos hombres viciosos ignoran es efecto de la educacion, ó pura invencion humana? ¿No es más fácil de comprender cómo la pasion, el hábito, la educacion pueden debilitar y extinguir poco á poco el sentimiento moral, que lo es concebir cómo estas mismas causas pueden embotar la sensibilidad física; pues en uno y otro caso ellas hacen violencia á la naturaleza? Y sin embargo, ¿no es bien claro que la naturaleza ha inspirado al hombre una cierta reserva, una impresion de modestia y de confusion respecto á cualquiera sensacion humillante, por el imperioso contraste que hace á la razon, por los efectos contradictorios á su fin natural, y por los dolorosos desórdenes que resultan en todo género? «Permítaseme, dice un autor, á quien no se tachará seguramente de exagerador, hacer una breve digresion sobre tantos objetos y prácticas obscenas, con que estaban manchados los antiguos misterios de los gentiles, y particularmente los de Baco. La vergüenza no es una virtud de convencion, sino que la debemos á la naturaleza, la cual se sirve de ella para hacer más amable la belleza, la fealdad ménos insoportable, y aun á veces interesante. La custodia de nuestras costumbres parece confiada á este pudor innato, tan favorable á la propagacion de nuestra especie, el cual en vano el vicio se esforzaria á contrahacer. Se dirá, sin duda, que la religion habia consagrado estas indecencias, y que acostum-

brados á ellas desde niños, la imaginacion no podria conmoverse por ellas; ó en fin, que no se debe juzgar de las costumbres de los demás países por las nuestras. Estas razones frívolas quedan bien disipadas por la experiencia y por los hechos.»

El pudor, pues, es un sentimiento natural, así como lo es el rubor, con la sola diferencia que este nace de los reproches de nuestra propia conciencia, y aquel es producido por los sentimientos de la modestia. Uno y otro sentimiento hacen salir los colores al rostro, en presencia de los demás. Mas el rubor del delito tiene algo de siniestro y degradante que no se halla en el inocente pudor lleno muchas veces de gracia y de embeleso, y guarda la más segura de la virginidad. ¡Cuántas veces el pudor ha sido la única defensa de una vírgen tímida delante de su seductor! ¡cuántos prodigios no han nacido de este sentimiento que es el heroísmo de la honestidad! ¡Desdichado del hombre que llega á perder el rubor, ese recuerdo involuntario de la virtud perdida, ese ingénuo precursor del arrepentimiento! ¡Desdichada de la mujer que ya no tiene pudor, y cuyo semblante es tan audaz como impuro su pensamiento!

La civilizacion más adelantada, lástima, pero fuerza es decirlo, no pone á cubierto al hombre de la pérdida del pudor. En esas grandes ciudades, en donde el hombre, olvidado casi de su destino, vejeta entre el tumulto de los placeres, en esos focos de pasiones desencadenadas, en donde se levantan altares á la disolucion y á la molice, y la corrupcion sirve de pasatiempo; es también en donde se ha llegado á sofocar el grito santo de la naturaleza, y hasta condenar el pudor como una debilidad: fruto de una mezquina educacion ó de añejas preocupaciones. Allí es donde se halla estos enjambres asquerosos de mercenarias prostitutas, que venden su honor y su cuerpo al precio más vil: allí es donde una juventud, embrutecida y provocada por mil incentivos públicos y privados, corre á saciar en lupanares inmundos una pretendida necesidad que reclama la naturaleza abandonada á todos sus instintos, y que se dora sin embargo con los nombres más bellos..... Basta, no descorramos más ese velo tenebroso que oculta tantas abominacio-

nes. Por perseguido, por insultado que sea el pudor, por desterrado que se halle en algunas almas perdidas no por esto deja de ser un sentimiento natural, poderoso, dominante, irresistible, lleno de atractivos, guarda fiel de la virtud en todos los corazones no contaminados. Así como, no porque tantos hombres hermanados con el crimen han logrado sofocar los remordimientos, deja de ser el rubor el efecto inmediato del delito. Una de las mayores pruebas de nuestra degradacion original es la existencia de tantos monstruos en forma de hombres, que se alimentan del crimen y no respiran sino infamia, cuya presencia llena de horror á la humanidad y hace estremecer la tierra que los sostiene.

Por mas, pues, que la malicia humana sufoque estos gritos perennes de la naturaleza, esos sentimientos inherentes á toda nuestra especie, ellos subsistirán como prueba de nuestra caída y de nuestra fragilidad original. El que no sintiere rubor de su delito, es porque su alma yace ya sepultada en la iniquidad y aletargada en el crimen, de cuyo letargo no despertará hasta aquel momento terrible en que invocará á las montañas que caigan sobre él y le hundan en sus abismos para evitar el semblante lleno de indignacion de un Dios vengador. Entónces, por no haberse aprovechado del saludable rubor de sus culpas, se verá confundido para siempre. Todos nosotros sentimos la ley de la carne en rebelion con la ley del espíritu, y en este sentimiento se funda el del pudor, siempre que descubrimos nuestro cuerpos, rebeldes por inclinacion á las leyes de la razon y de la justicia. Esta propension humillante es en nosotros el origen del pudor. Algunos antiguos filósofos no ignoraron ese sentimiento natural, y lo respetaron como una inspiracion virtuosa. La gentilidad misma levantó templos al pudor. Otros lo condenaron tambien como una debilidad; y los impuros cínicos hacian profesion de sufocarlo. Algunos modernos han envidiado esa brutal licencia á los sectarios del cinismo, renovándola en nombre de la razon y de la filosofía en el centro de un pueblo civilizado. Y ese desprecio del pudor continúa en figurar en la lista de las desprecupaciones.

No es de nuestro objeto, por ahora, presentar semejantes delirios en toda su deformidad moral y filosófica. No es este lugar oportuno para poner en contraste la moral evangélica con la moral de la relajada filosofía, por lo que respecta á la pasion mas tempestuosa y terrible del corazon humano. No hemos entrado todavía en el exámen de las pasiones. Tan solo hemos tratado del pudor por incidencia, como formando parte de aquella vergüenza y confusion que es en nosotros el efecto del primér pecado. Hemos querido añadir esa prueba de mas á las muchas que dejamos ya alegadas, y que inspirará á cualquier hombre el simple buen uso de la razon natural, de que nuestra especie prevaricó en su origen, y que nosotros estamos tocando á cada paso y sintiendo en nosotros mismos los resultados funestos de esta prevaricacion original.

Eva, entretanto, dió á luz un hijo, y como para consolarse de su propia mortalidad le puso el nombre de Cain, diciendo: "He aquí que yo tengo un hombre por la voluntad de Dios." Tuvo en seguida otro hijo que fué llamado Abel, es decir, vanidad, para demostrar sin duda la fragilidad de la vida. Cain, pues, cultivaba la tierra y Abel cuidaba de los rebaños. Los dos sacrificaban al Señor una parte de sus bienes que de él recibian, pero eran muy diferentes las disposiciones de su corazon.

Un sábio del pasado siglo, el célebre y eruditísimo Feijóo, al trazar el cuadro de los crímenes de los hombres, para desvanecer la preocupacion entónces-popular de que el mundo nunca habia sido peor que en nuestros tiempos, describe de un solo rasgo el carácter del vicio desde que fué introducido en el mundo por la culpa. El vicio, dice, apareció ya gigante desde su cuna. En efecto: en el fratricidio que se cometió entre los hijos de Adan vemos una reproduccion de la funesta escena del Paraíso. La envidia que indujo al espíritu tenebroso á seducir y perder á los primeros padres, emponzoñó tambien el corazon del primer hermano. El hombre, condenado á morir, vivia aún sobre la tierra, y su misma mano fué la que debia dar la primera víctima á la muerte.

El uso de los sacrificios remonta naturalmente á la primera